



UNIVERSIDAD
DE LA REPUBLICA



**Acerca de la posible construcción de la demanda de análisis:
experiencia a través de un caso clínico.**

Trabajo final de grado por la Licenciatura en Psicología.

Modalidad: “Articulación teórico-clínica”

Estudiante: Victoria Caruso Lens 4.739.452-5

Tutor: Prof. Adj. Mg. Octavio Carrasco.

Montevideo, 30 de abril de 2020.

Índice

Resumen	3
Introducción	4
Presentación del caso	7
Capítulo 1 -Análisis de los primeros seis encuentros: de la consulta hacia una posible demanda de análisis	8
1.1- Consulta, demanda y deseo.....	8
1.2- Primeros indicios de la relación transferencial: transferencia imaginaria.....	12
Capítulo 2 -Análisis de los encuentros siete al doce: el asentamiento de la demanda analítica	19
2.1- Inflexión en el discurso, la rectificación subjetiva y la transferencia simbólica.....	19
2.2- Lugar del analista: deseo del analista.....	25
Capítulo 3 –Análisis de la implicación: analista practicante – estudiante de grado	28
3.1- Abriendo paso a la implicación.....	28
3.2- La pérdida inaugural.....	29
3.3- El acierto posterior.....	33
Consideraciones finales	39
Referencias bibliográficas	42

Resumen:

El presente Trabajo Final de Grado se propondrá abordar y analizar cuestiones inherentes a la teoría y práctica psicoanalítica, centrándose sobre algunos de los aspectos vinculados al momento de entrada e instalación de la demanda analítica, y la relación transferencial presente en ella, a través de una experiencia de práctica clínica pre-profesional. Tendrá como cometido el acercamiento a un estudio praxiológico de la temática, por lo que recorrerá aspectos teóricos, técnicos, institucionales y personales, concernientes a ésta. El marco teórico utilizado tendrá como referencia las contribuciones de la teoría psicoanalítica, con una fuerte impronta de los aportes brindados por Sigmund Freud y Jacques Lacan, si bien se tomarán también, conceptualizaciones de otros autores, seguidores de éstos.

En un comienzo, se introducirá la presentación del caso en cuestión con el que se trabajará a lo largo de todo el análisis, el cual se desprende de una práctica clínica realizada bajo el marco de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República, acontecida durante el 2019. Los primeros dos capítulos estarán distribuidos y marcados por una división operativa, contemplando aspectos previos y posteriores a la instalación de la demanda analítica, así como a la instalación de la transferencia.

Se finalizará por un análisis en profundidad respecto de la posición de la analista practicante frente a la experiencia, con miras de un porvenir profesional, reflexionando frente a diversas preguntas que guiaron este trabajo.

Palabras clave: demanda analítica – transferencia – caso clínico – psicoanálisis.

Introducción:

El presente trabajo propone abordar algunas de las vicisitudes presentes en relación a una experiencia clínica pre-profesional, llevada adelante durante el año 2019 bajo el marco de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República, en convenio con la Comisión de Fomento de La Unión. De éste se desprende la creación de la Clínica Psicoanalítica de La Unión, la cual contempla prácticas realizadas por la institución universitaria de carácter anual, llevadas adelante por estudiantes correspondientes al ciclo final de estudio. La posición a adoptar de éstos involucra un rol de analista practicante, actuando bajo supervisión de un docente referente encargado, y siendo acompañados en su mayoría por otro estudiante de ciclo de ‘formación integral’. Las sesiones se realizan en encuentros semanales, contando con otro espacio semanal de supervisión al cual acuden estudiantes y docente referente.

Quienes asisten del otro lado de estas experiencias, los consultantes, arriban al servicio por diferentes medios: algunas personas son derivadas por terceros -ya sean organizaciones de la sociedad civil, familiares, centros varios-, mientras que otras personas acceden por voluntad propia, mediante un convenio barrial. Una vez que sus pedidos son recepcionados, se pone en contacto a la institución universitaria en donde se pauta un primer encuentro que determinará la continuación de los siguientes. Su cometido general, es que aquellos estudiantes que realicen dicha práctica puedan transitar y ser responsables, en el mejor de los casos, de un posible proceso psicoanalítico con quienes acuden.

De esta forma es que, la orientación de estos encuentros, y las conceptualizaciones trabajadas durante las diversas instancias de supervisión, buscan enfocarse hacia un trabajo teórico-clínico de corriente psicoanalítica, del cual el presente trabajo no puede apartarse. Así, la producción de éste buscará generar un análisis acerca de cuestiones fundamentales de la teoría de grandes

referentes como Sigmund Freud y Jacques Lacan, en función de -como mencionábamos líneas arriba-, diversas vicisitudes que se presentaron en una de las experiencias clínicas en particular: más precisamente, el momento de la posible entrada a análisis y la relación transferencial presente en ella.

Pero para poder referenciar dicha experiencia, se acudirá a la construcción de ésta como caso clínico. Tomando en cuenta el exhaustivo análisis que realiza Dunker en su capítulo de “La construcción del caso clínico” del libro de su autoría, “Estructura y constitución de la clínica psicoanalítica” (2011), se torna menester el destacar que en relación a la noción de caso, se han encontrado a lo largo de la historia de la bibliografía psicoanalítica, las más diversas propuestas; pero lo interesante y aquello de lo que tomará punto de partida esta escritura, es, según el autor, el criterio característico que vuelve a un relato un caso: su posibilidad de inscripción en un sistema de transmisión, es decir, su uso (p. 538). De esta forma, poca importancia se le atribuirá a cuestiones vinculadas a sus aspectos formales, como sí podría asociarse, por ejemplo, a casos médicos. Lejos de ello el propósito de este trabajo.

Es así, que esta escritura estará planteada en términos que se distancian de producciones basadas en la mimesis sujeto-caso clínico, sin por ello alejarnos de su validez y pertinencia científica, o en este caso, de su función investigativo-educativa. Acompañado de esto, se entiende que la construcción del caso involucrará diversas aristas a ser consideradas, de donde no sólo se pretenderá generar un acercamiento hacia observaciones técnicas, sino también hacia niveles de teorización, involucrando éstos, aspectos ideológicos, sociales, institucionales y de implicación que componen al campo analítico, como campo complejo. Así, se verán enlazadas aristas institucionales, sociales, así como personales de quién construye este relato. De esta manera, se trata de una escritura que, siguiendo lo propuesto por Nasio (2005), no puede dejar por fuera a la percepción de la analista

practicante, de allí su dimensión de construcción: “escribe así porque puede percibir así” (p.175). Y no sólo eso, sino que además puede percibir así, en función de las distintas variables que le atraviesan como estudiante, bajo el marco de una práctica universitaria determinada, con sus respectivos lineamientos. Veremos más adelante el peso de ello.

Es entonces que la escritura de éste, estará compuesta e hilvanada por cada uno de estos hilos y tantos otros que quedarán invisibilizados, para la construcción del siguiente caso clínico. El material utilizado responderá a un corte operativo en función de las interrogantes consideradas pertinentes a trabajar, que teniendo en cuenta tanto fines académicos como didácticos, se tratará de un sesgo que contemplará lo puramente acontecido entre los primeros doce encuentros entre consultante y analista practicante.

Presentación del caso:

A modo de presentación, destacaremos que quien consulta, es una mujer en el entorno de los cuarenta años, que acude no por primera, sino por segunda vez al servicio de la Facultad, para ella, servicio de barrio. Sin embargo, se trata de una persona que desde hace varios años atrás deja de residir en éste, pasando a vivir a una distancia considerable, en otro departamento. En esta oportunidad, el motivo de consulta inicial planteado por la consultante, se relaciona con el querer aprender a convivir con *sus miedos*, los cuales parecerían haber comenzado a los dieciséis años de edad.

Dicha etapa la describe como una etapa en la que se vio imposibilitada a salir de su casa, situación que sostuvo durante dos años y en la que sufría lo que denomina *ataques de pánico*. De éstos destaca que nunca fueron diagnosticados, pero considera que se relacionan con la noción que se le adjudica hoy día al término, nosográficamente hablando. Si bien destaca el cese de esos episodios, menciona que sus miedos siguen afectándola desde aquel entonces, con intensidad fluctuante. Al hablar de ellos, trae en mención a su esposo, al resaltar que tales miedos se vieron apaciguados una vez que comienza a trabajar y se casa con él, quien era su pareja al momento en que ocurrieron los ataques de pánico.

En una primera instancia, estos miedos se vinculan a situaciones como: visitar médicos, hospitales, dentistas, y que algo malo le pueda ocurrir a sus hijos. A medida que avanzan los encuentros, estos miedos van tomando nuevos significantes, lo cual parecía no tener un contenido demasiado elaborado o sostenible.

Comenta como anhelo y deseo hacia el espacio, el poder aprender a convivir con sus miedos y mareos, dado que *no quiere seguir viviendo más así*.

Capítulo 1 | Análisis de los primeros seis encuentros: de la consulta hacia una posible demanda de análisis.

1.1 - Consulta, demanda y deseo.

Tomando en cuenta la breve presentación del caso, es que de forma introductoria podemos presenciar primeramente, desde este encuentro inicial, el estado de algo insistente. Aquello que insiste se presenta como un posible deseo de cura que involucra, en un primer plano, un desplazamiento significativo hacia la situación de consulta, y su retorno a ella desde el 2017.

Tal insistencia fue trasladada a su vez, según relata, hacia diversos especialistas de la salud, habiendo consultando en múltiples ocasiones a psiquiatras, médicos generales, y especialistas de la medicina tradicional. ¿Qué hacía que su demanda no fuese satisfecha? ¿A qué atañía ésta?

Este posible deseo de cura, demuestra ser en primera instancia, un pedido de escucha hacia un otro. La consultante al relatar sus experiencias vinculadas al ámbito de la salud, realiza desde un comienzo, quejas que reflejaban su descontento, tales como: “*no me escuchaba, yo necesitaba un oído*”. Esto era una primera advertencia para quien comenzaba a ocupar ese nuevo lugar de escucha. Ahora bien, no sólo se agotaba el problema en la presencia de un otro que pudiese disponer de una escucha y no simplemente ‘prestar oídos’, sino que se presentaba además una segunda exigencia, la cual se vinculaba con la palabra: “*no me gustó tampoco lo que me dijo*”. Es aquí en donde podemos comenzar a vislumbrar algo de lo que se pone en juego en la especificidad del análisis, separándolo de una interacción vincular como cualquier otra.

Cabría entonces preguntarnos en este punto si basta con que una persona acuda a consulta, se la escuche y se le hable, para que de allí devenga un análisis. Condición necesaria, pero nunca suficiente. Podría pensarse que en dicho eje, nos encontramos en la dimensión de la posibilidad y

necesidad de análisis, mas ello difiere de su puesta en marcha. Allí es en donde radica el poder hacer otra cosa, el poder hacer algo más allá con la posición de queja, hacia una construcción de una demanda de análisis. O dicho en otras palabras, tomar una demanda inicial para transformarla en demanda de significación, que se ponga en relación con la lectura significativa del síntoma y pueda brindarle al sujeto un quehacer distinto con su sufrimiento; pero no nos adelantemos.

Decíamos que la consultante comienza realizando un pedido, manifestando una demanda insistente. Ahora bien, ¿qué separaría entonces a ésta de cualquier otra demanda que pudiera presentarle hacia sus interlocutores cotidianos? Tal como plantea Lacan en “La dirección de la cura y los principios de su poder” (2018a), es en tanto sujeto –atravesado por el lenguaje– que éste no hace otra cosa que demandar, demanda por el simple hecho de ser hablante (p. 597). Pero decíamos, las demandas cotidianas y aquellas presentes en una situación analítica, son por entero diversas. Veamos cómo: para que una persona acuda a consulta, al menos por motivo propio como en este caso, se plantea, entre otras condiciones, que aquel que consulta se encuentra situado sobre un suelo de creencia, en donde se le atribuye un poder a este otro presente en la relación, a la figura de analista. No se demanda a quien sea, sino que se demanda a un profesional o futuro profesional de la salud, lo cual deja entredicho una creencia última vinculada al poder de este otro y del espacio. De hecho, esto se visualiza desde un comienzo en el caso a relatar, siendo que la consultante es una mujer que le otorga un lugar de importancia a la psicoterapia, y cuenta con opiniones marcadas acerca de ésta. Tanto así, que define a la experiencia analítica como una “experiencia productiva, por la que todo individuo debería pasar”.

La cuestión está en que si bien en un primer momento en análisis es el paciente quien otorga cierto estatuto de poder, para que pueda direccionarse la cura psicoanalítica, es el analista quien debe desacreditar para sí, tal estatuto. Ahora bien, esta desacreditación deberá verse plasmada en relación a

su discurso que acompañará la adopción de su lugar con poder como analista, en relación al paciente, sin por ello creerlo por entero.

Traigamos nuevamente a colación el texto de Lacan de Escritos II (ibíd.): en éste, el autor comienza determinando que no existe duda alguna de que sea el analista quien direcciona la cura, pero no así, al paciente (p.566). Menciona que desde el momento en que nos abocamos hacia el camino de la verdad, debe para ello el analista, renunciar al poder. De esta forma, relaciona su posición en relación al consultante con el juego del Bridge, situándolo en el lugar del muerto. Esta posición, involucra lo que define como la estrategia del análisis, de manera que será una posición a adoptar con menor libertad de la que podría cualquier analista, emplear en su táctica.

Ahora bien, ¿por qué esta menor libertad? Lacan señala que en el momento en el que el analista ocupa ese lugar de muerto –el cual no debe confundirse con ciertas comprensiones populares del viejo analista mudo–, es él quien puede dirigir la cura. Pero ésta no se trata de una posición que libraré a éste a actuar conforme a su ser, sino que se trata de ocupar una posición determinada en la que su ser deberá verse en carencia. “Los sentimientos del analista sólo tienen un lugar posible en este juego, el del muerto; y que si se le reanima, el juego se prosigue sin que se sepa quién lo conduce” (p.569), de manera que allí en donde podría acercarse y actuar algo de ser, podrían darse las más diversas direcciones, pero difícilmente aquella vinculada a un proceso psicoanalítico. De esta manera, se dispone a fin de cuentas de un poder, pero en tanto poder anclado *al hacer* del analista y no así a su ser, como sí es aquel que le atribuye quien consulta.

Decimos entonces que el consultante le atribuye algo de ser al analista, ahora bien, ¿se tratará de un ser que se brindará a la cura del paciente? ¿Qué involucra ese ser del analista? Para continuar esta línea de pensamiento, resultará conveniente anclar estos conceptos con la conceptualización de deseo y deseo del analista, separándolo de concepciones que lo sitúan como anhelo o ideal. Lacan (ibíd.)

hace uso de este término continuando y retomando la puntualización freudiana del deseo inconsciente. Así, lo relaciona con una ética que difiere por entero a la ética del bien y de la felicidad, aquello del *furor sanandi* del cual ya nos advertía Freud. Así, el analista es llevado a un lugar que está más allá de cualquier bien o promesa que pueda brindársele al sujeto o de fines preestablecidos hacia la cura. Un deseo inconsciente, decíamos, del cual se desprende la idea de intransitividad, de manera que no supone objeto. Si éste entonces no supone objeto, la operatividad del analista consistirá en no darle uno particular al analizado, en no proponerle un ideal particular como respuesta a su demanda. Así, el operador de la acción analítica se vinculará con esta posición de muerto mencionada anteriormente y a su vez, propiciará la libre circulación de ese deseo para poder en un segundo momento, actuar realizando un corte en la cadena significativa.

Se trata entonces esta respuesta del ser del analista, de acercarse a una postura mencionada como de intervalo. No sería prudente el responder a la demanda directa o mejor dicho a las diversas demandas de amor directas que efectuará quien acude a consulta, ni tampoco desacreditarlas por completo. Ambas situaciones involucrarían situaciones contrarias al análisis, la primera dando por resultado psicoterapias más cercanas al ámbito del coaching, y la segunda, posiblemente provocando la huida de la persona del espacio. Veremos en un segundo capítulo cómo se presentó esta función en el caso relatado.

Antes de ello, se considera conveniente mencionar que la demanda de la paciente aquí expuesta, se vinculaba decíamos, con un supuesto pedido de curación el cual se visualizó desde el primer encuentro, hasta aproximadamente el encuentro número seis. Éstos presentaban una vinculación entre analista practicante y consultante de fuerte carácter resistencial, siendo el discurso de ésta última, concreto y confuso; generándose con una frecuencia quincenal, debido a cancelaciones por parte de ésta, las cuales atribuía a problemas de salud tanto propios como de familiares.

En esta situación, podemos destacar que a nivel transferencial se ponía en acto aquello que el propio Freud destacó como la característica por excelencia de la misma, a saber: su estatuto de resistencia [1980-1991a]. Estas primeras entrevistas fueron regidas por un diálogo entrecortado, de respuestas cortas y concretas, donde la presencia de la duda neurótica se hacía presente. Frente a la indagación de la analista practicante, se mostraba resistencia por parte de la paciente que daba cuenta de una incipiente incomodidad para poner en palabra determinadas temáticas, lo cual iba acompañado de aspectos persecutorios y de desconfianza de ésta.

Ahora bien, sería absurdo el quedarnos con esta visión parcial de la situación analítica, pues la relación analítica no es sino con todos sus componentes involucrados, en donde la dimensión del diálogo se manifiesta. Ya lo mencionaba Lacan (2018b) al decir que “el psicoanálisis es una experiencia dialéctica, y esta noción debe prevalecer cuando se plantea la cuestión de la naturaleza de la transferencia” (p. 210). De esta manera, si buscamos en el presente trabajo el poder vislumbrar algunos de los aspectos presentes en esta situación transferencial particular, se torna menester el poner sobre la mesa también, aquellos aspectos resistenciales por parte de la practicante...

1.2 - Primeros indicios de la relación transferencial: transferencia imaginaria.

Para poder adentrarnos y comenzar a destacar los primeros vestigios de la relación transferencial generada entre analista practicante y paciente, será imperioso el poder exponer con mayor detalle el caso clínico, haciendo uso minucioso de la literalidad de los registros efectuados luego de cada encuentro. En particular, tomaremos como puntapié los registros de las primeras consultas hasta la número ocho, lo cual refleja la superposición y convivencia dada de momentos en un tratamiento psicoanalítico. Es decir, si bien también en alguno de esos encuentros mencionaremos más adelante momentos determinantes de la experiencia que refieren a otros fenómenos que parecerían contradecir lo siguiente a exponer –como podrían ser por ejemplo, momentos relacionados a lo que Lacan llama

la rectificación subjetiva del sujeto—, no por ello implica que se trate de momentos delimitados, finitos, y excluyentes entre sí. Se trata más bien de delimitaciones teóricas, artificiosas, con fines didácticos.

Destacaremos entonces los siguientes fragmentos por parte de la consultante:

“Viste, hoy te gané, llegué antes que vos”

“Viste que te conté que...”

“...la geriatra le pidió [haciendo referencia a la madre] que dibujara un reloj. Bueno... vos sabrás por qué”.

“Siempre termino poniendo primero al otro y no a mí, cancelándote y no pudiendo venir. Pero bueno, es algo que intento cambiar, porque para algo vengo”.

De éstos, se puede inicialmente resaltar una primera inferencia: se presenta situada a la analista practicante en un lugar de asunción de conocimiento, posición que hace que ésta sea supuesta en su palabra. Esto puede relacionarse con aquello que plantea Lacan en “Variantes de la cura-tipo” (2018c) y que luego retomará por sobre todo en la clase X de su Seminario XI (1964a), en relación al cierre del inconsciente: “El inconsciente se cierra en efecto por el hecho de que el analista “ya no porta la palabra” (...) porque el otro la supone” (Lacan, 2018c, p. 343). Así, se presenta la certeza por parte del consultante del saber del analista en función al saber del inconsciente, lo cual destaca el autor, se enlaza íntimamente con un aspecto resistencial.

Lo que Freud nos indica, desde un principio, es que la transferencia es esencialmente resistente.

Übertragungswiderstand. La transferencia es el medio por el cual se interrumpe la comunicación del inconsciente, por el que el inconsciente se vuelve a cerrar. Lejos de ser el momento de

transmisión de poderes al inconsciente, la transferencia es al contrario su cierre. (Lacan, 1964a, p. 136)

En particular, este movimiento de cierre lo podemos vislumbrar por el hecho de que en tales fragmentos, la consultante supone la palabra de la analista practicante, de manera que no espera su respuesta y le adjudica una posición que podríamos decir se asemeja al ‘falso enlace’ que propone Freud en su teorización acerca de la transferencia como resistencia y motor del análisis (1992). Este enlace se refleja en un diálogo resistencial, en donde la palabra no posee libre circulación, de manera que la consultante bordea el hablar de sí misma, suponiendo el discurso. Ahora bien, a su vez ocurre que esta manifestación resistencial, no se trata de una resistencia más como cualquier otra, sino que, tal como se vislumbra en el último fragmento, torna y posiciona a la practicante como parte de su trama vivencial, pasando a ocupar un lugar en la vida de la paciente. Si el cancelar un encuentro implica poner por delante a otras personas, el acudir a consulta implica estar actuando para sí, siendo entonces el espacio, parte componente de su persona.

Así, vemos que en este sentido se trata de una transferencia en tanto fenómeno imaginario, de manera que se relaciona con la estructuración del sujeto a partir del otro, de un semejante. Opera desde la identificación, de la imagen, buscando situar a este otro –la analista practicante–, como un semejante desde el plano del yo. Por ejemplo, pasa a ser situada como una persona que como ella, llega al espacio, a la cual a su vez, debe adelantársele. También, con sus asunciones de saber, se busca situarla como ‘par’ dando por sentado su entendimiento y comprensión, reflejado en éstas, un saber que las vuelve portadoras de los mismos conocimientos, generando identificación.

A esto mismo refiere Lacan al proponer el esquema L, dentro del Seminario II (2008a). En éste se plantea el funcionamiento de las relaciones intersubjetivas entre el yo –moi– y el otro –autre–, en función con el lenguaje, estableciendo dos relaciones fundamentales: la del eje imaginario y la

correspondiente al eje simbólico. En el primer eje, sitúa al yo y a su imagen especular [a - a'], y en el eje simbólico –o dialéctico–, al Otro y al Sujeto [A – S]. De acuerdo a su razonamiento, el sujeto demanda y busca respuestas desde un otro semejante, que toma su representación; pero bajo este dominio, se impide que la palabra del Otro pueda advenir, aquella palabra inesperada que, según el autor, posibilita la emergencia del Sujeto en análisis. Es decir, quien consulta se dirige desde su yo hacia otros, pero hacia otros conocidos que se distancian del Otro enigmático, mediante el muro del lenguaje. Es entonces que destaca que para que pueda ser posible situarse del otro lado de dicho muro y pronunciar la palabra verdadera, es preciso que sea el analista quien pueda estar advertido y logre ubicarse sobre el eje simbólico, abriendo paso así, a la dialéctica del proceso psicoanalítico. ¿Qué implica que ésta pueda entonces situarse en este lugar de gran Otro [A]?

Previo a delimitar con mayor profundidad dicha cuestión, se torna pertinente el poder hacer foco en la vertiente dialéctica de la transferencia y del proceso analítico mencionado, de manera que restaría destacar –ya habiendo mencionado algunos aspectos vinculados a la consultante–, la parte comprendida en esta vinculación imaginaria y resistencial, de la analista practicante. Así, haremos propias las palabras de Jacques Lacan (1981) vinculadas a la ubicación de éste último fenómeno:

Es necesario que se desprendan, por un instante, de la idea que la resistencia es coherente con esa construcción según la cual el inconsciente está, en un sujeto determinado, en un momento determinado, contenido y, como suele decirse, reprimido. (...) la resistencia es un fenómeno que Freud localiza en la experiencia analítica. (p. 71)

Así planteada, la resistencia adquiere tal como el inconsciente desde su teoría, un contexto. Es decir, ambos conceptos no pueden ser considerados desde realidades exteriores o diferentes a la analítica, de manera que involucrará tanto al paciente, al analista como al diálogo emergente de éstos.

En este caso en particular, aquellas vicisitudes de las resistencias relacionadas más fuertemente al lado de la analista practicante, se vieron destacadas en los aspectos que mencionaremos a continuación. Hagamos primero acuerdo de la situación de estas primeras sesiones: en éstas ocurría que, tal como traído anteriormente, el diálogo entre ambas participantes se veía entrecortado, concreto y con una incipiente hostilidad. De esta manera se presentaba cierto agotamiento del material discursivo, que generaba en la analista practicante, tanto incomodidad como angustia.

En base a esto y teniendo en cuenta los intercambios sobrevenidos en diversas instancias de supervisión, es que la practicante logra poder interrogar poco a poco su accionar y vislumbrar ciertos elementos resistenciales presentes. Por ejemplo, de ello vislumbra el hecho de haber estado posicionada tanto en este lugar de semejante, como desde un lugar de interrogatorio hacia la consultante, de manera que se apuntaba a una búsqueda de respuestas concretas, particulares, relacionadas al pasado de ésta. Se intentaba entonces el poder ‘esclarecer’ situaciones previas, el poder tener conocimiento de asuntos puntuales de ella en relación a los episodios vividos en la adolescencia, teniendo como fin, posiblemente, más el recuerdo que la reelaboración de tales momentos.

Así, se sostenía una posición de la cual todo futuro analista se encuentra advertido desde la escritura de los escritos técnicos de Freud, más precisamente desde lo expuesto en “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” [1980-1991b]. En este texto, Freud destaca el problema de la fijación por parte de los analistas frente a aspectos particulares del discurso, correspondientes a sus propias expectativas:

Tan pronto como uno tensa adrede su atención hasta cierto nivel, empieza también a escoger el material ofrecido; uno fija un fragmento con particular relieve, elimina en cambio otro, y en esa selección obedece a sus propias expectativas o inclinaciones (...) corre el riesgo de no hallar

nunca más de lo que ya sabe; y si se entrega a sus inclinaciones, con toda seguridad falseará la percepción posible. (p. 112)

Dicho y hecho, frente a este accionar se obtuvo como respuesta algo que podría asemejarse al ‘estancamiento del material novedoso’, la repetición del discurso durante varios encuentros, y también el relieve del material relacionado con sus episodios en la adolescencia y la relación con su madre, en detrimento de aquello que sigilosamente insistía por boca de la consultante, indicios que se transformarían luego en la posible demanda de análisis.

De esa forma, aquello que menciona Lacan (1981) como palabra de revelación, no estaba en esos momentos siendo pronunciada, de donde destaca que se produce entonces, la resistencia, por el hecho de que el sujeto no logra encontrar la salida, enganchándose al otro, situándose entonces en el eje imaginario. Menciona el autor, que esta resistencia parte de la dificultad o imposibilidad del sujeto para poder realizar su verdad, desplazándose sobre el sistema del yo y del otro, tornándose correlativo. Así,

Cuanto más íntimo le es al sujeto su discurso, más me centro yo sobre este discurso, más me siento llevado, yo también, a aferrarme al otro (...) [a] buscar el más allá del discurso, más allá (...) que no se encuentra en ningún sitio; más allá que el sujeto debe realizar, pero que justamente no ha realizado y que está entonces constituido por mis propias proyecciones, en el nivel en que el sujeto lo realiza en ese momento. (ibíd., p. 85)

De esta manera, a lo largo de tales encuentros, parecía verme perdida en mi rol de practicante y estando atrapada por una relación imaginaria en la cual buscaba generar, o mejor dicho obtener ese más allá, que como tal, seguía leyes conforme mi propio yo. De ahí también la propia ambigüedad del lenguaje: éste puede servirnos tanto para lograr situarnos y fundarnos a partir del Otro, como

lograr impedirnos por entero su comprensión, lo cual será el interjuego presente de la relación analítica.

Compleja paradoja con la cual deberá toparse el analista en formación. Pero el análisis, como mencionábamos anteriormente, posee una respuesta que logrará disminuirla: poder lograr direccionar la cura sobre el eje simbólico. Para ello, mencionábamos que se debe apuntar al paso de la palabra verdadera, o plena según Lacan (1981), lo cual hará reunir al sujeto con un sujeto diferente, del otro lado del muro del lenguaje. Es esta relación última del sujeto con un Otro, con ese Otro que presenta una respuesta inesperada, la cual definirá el punto de inflexión del análisis.

Veremos en el siguiente capítulo que, para nuestro caso, tal punto se presenta por primera vez en la consulta número siete, de la cual estaremos abordando y desarrollando sus efectos en el siguiente capítulo.

Capítulo 2 | Análisis de los encuentros siete al doce: el asentamiento de la demanda analítica.

2.1 - Inflexión en el discurso, la rectificación subjetiva y la transferencia simbólica.

Para poder ingresar en este segundo capítulo, resta primero mencionar que aquello que separa a éste del anterior, se vincula con una precisión mencionada al comienzo de este trabajo: la distancia entre la condición necesaria para la posibilidad de un proceso analítico, y su condición suficiente. Entendemos que esta última, siguiendo la literatura psicoanalítica, se relaciona con el salto de un límite, de un muro, lo cual se vincula con un cambio o forzamiento a nivel estructural, a nivel subjetivo. Es decir que mencionábamos ciertas características necesarias para posibilitar el terreno del análisis, como por ejemplo que un sujeto sufra, que un sujeto posea un deseo de cura, pero esto no sería suficiente puesto que entendemos que el trabajo con el inconsciente remitirá a tomar dicho deseo para poder transformarlo en un deseo diferente, hacia un deseo de saber, el cual despertará la pregunta y habilitará al sujeto a pensar su implicación en relación a su síntoma y malestar. He aquí su suficiencia.

De esta manera, podría resumirse que la condición suficiente de todo proceso psicoanalítico implica entonces trabajar sobre el inconsciente y sobre un límite que fuerza la estructura, lo cual podríamos situar bajo la concepción de la rectificación de la posición subjetiva del sujeto, desarrollada por Lacan en su texto “Intervención sobre la transferencia” (2018b). Éste comienza por situar al psicoanálisis –tal como mencionábamos líneas arriba–, como una experiencia dialéctica, resaltando su asombro frente a cómo hasta aquel entonces, nadie había podido situar al caso Dora “bajo la forma de una serie de inversiones dialécticas” (p. 212), ya que, según él, la escritura de Freud propone “una escansión de las estructuras en que se transmuta para el sujeto la verdad, y que no tocan solamente a su comprensión de las cosas, sino a su posición misma en cuanto sujeto del que los “objetos” son función” (ibíd.). Véase entonces esa sutil precisión, que vuelve a este movimiento,

uno doble: en la medida en que el sujeto muta su comprensión respecto de las cosas, muta este también de posición en relación a los otros, y viceversa.

Tomando como puntapié este texto guía, intentaremos poder presentar posteriormente el caso en cuestión, bajo otra serie de inversiones dialécticas, poniendo en juego momentos de desarrollo de la verdad, sus preguntas y las inversiones realizadas. Ahora bien, previo a poder especificar tales momentos, cabría preguntarse primero si esta rectificación subjetiva mencionada podría darse en cualquier momento de la experiencia analítica, o sino, por el contrario, preguntarse acerca de cuáles serían entonces las condiciones que la tornarían posible.

A la primera interrogante respondemos negativamente, y es sencillo dar cuenta acerca de su por qué: si ésta fuese afirmativa, no sería necesario siquiera el análisis, puesto que al no instalarse un discurso o relación particular inherente a éste, cualquiera podría ocupar así el lugar de analista y generar dicho efecto. Por otro lado, también entraría allí en juego una cuestión de temporalidad y poder, puesto que como sabemos, sólo se escucha cuando uno está pronto para ello –relacionado a las verdades medio-dichas–, y cuando la palabra viene de una figura que, tal como desarrollado en el capítulo previo, implica un poder, a lo que le añadimos ahora, un saber. Todo esto desemboca en la posibilidad de la demanda analítica desarrollada por la instalación de la transferencia imaginaria, tal como fue planteado; pero mencionamos a su vez, que para que esta base pueda generar un salto al otro lado del muro del lenguaje y situarse sobre el eje simbólico, es necesario que se instale otro tipo de relación, en un segundo tiempo.

Tal relación, deberá ser impulsada por la operatividad del analista para re-direccionar la demanda y poner sobre la mesa el verdadero objeto de deseo en juego. Ilustrémoslo con nuestro caso: se mencionó la imposibilidad primaria por poder vislumbrar el objeto de deseo de la demanda de la paciente, quedándonos pegados por la ilusoria imagen de “sus miedos varios”, dejando en segundo

plano el tema de aquello que insistía, es decir, su deseo de separación y la imposibilidad de realizarlo. Esta temática, cobraba paso desde el segundo encuentro entre practicante y consultante, aunque siendo tomada como accesoria frente al falso objeto de deseo. Así, ocurrió que luego del trabajo de análisis e implicación mencionado, la practicante acota en la consulta número siete, lo siguiente:

“Estuviste trayendo un poco todas las sesiones el tema de la separación... creo que por ahí podemos ir trabajando, ¿no?... pensando también en lo que buscás vos del espacio”

A lo que, como efecto se desenlaza el siguiente diálogo:

- *“Sí... estoy segura que no hay vuelta atrás y uno sufre con eso, que es algo que me preocupa*
- *¿Qué es lo que te preocupa?*
- *No sé... el poder llevarlo bien, busco un poco eso también*
- *Bien... lo vamos a ir viendo, ¿te preocupa algo más?*
- *Sí... el cómo puedan reaccionar mis hijos”*

Allí, en dicho diálogo, se comienza a definir con mayor claridad la demanda de la paciente, la cual de todas formas irá adquiriendo mayor contorno a medida que avanzan los encuentros. Pero ya desde ese entonces podemos vislumbrar en germen lo que se situaría como objeto de deseo: su posición como madre/mujer, rodeada por la situación de separación y la imagen que sus hijos se haría de ello. Volveremos a profundizar acerca de éste en un momento.

Antes, se considera pertinente destacar el efecto que conllevó ese encuentro y tal re-direccionamiento. A partir de éste, las siguientes consultas tomaron un giro, si se quisiese, radical. Es decir que, a partir de un cambio de posición por parte de la practicante, se visualizó como efecto un cambio de posición por parte de la consultante. Desde el encuentro número ocho en adelante, su discurso parecía opuesto a con el que se venía desarrollando, fruto también de la modificación del

discurso de estilo interrogatorio de la practicante. De esa forma, en el comienzo de dicho encuentro, al consultarle cómo había estado, la paciente vierte un discurso fluido, con gran detalle, presentando claros indicios de una transferencia de otro registro que comenzaba por instalarse...

“Primero te quería contar que... (...) y bueno, otra cosa que te quería contar, que no sé si es importante o no, si viene al caso o no, pero tá... te lo quería contar, es que mi hijo...

(...)

Y bueno en esas charlas que tiene en privado mi esposo y mis hijos me parece que quiere hacerles ver que yo soy la mala, y busca que sea yo la que les diga de la separación”

Allí, se continúa visualizando esta des-obstaculización de la demanda –relacionada a la habilitación para hablar de lo que le pasa, de la palabra plena y su futura vinculación con ello–, así como comienza a representarse otra relación entre analista practicante y ya, analizante. Ésta última, le supone un saber a la primera, dado que sin un objetivo claro, asume que aquello que relata podrá ser escuchado por la practicante bajo un saber que le asume, saber del inconsciente. “En la medida en que se supone que el analista sabe, se supone también que irá al encuentro del deseo inconsciente” (p. 243) destaca Lacan en el capítulo XVIII del Seminario XI (1964b), señalando a su vez: “en cuanto hay, en algún lugar, el sujeto que se supone saber, hay transferencia” (p. 240).

De todas formas, a esta transferencia la divorciamos de la transferencia imaginaria ubicada en el capítulo anterior, dado que como se puede visualizar, ya no se trata de una relación puramente de poder y además, por el contrario, el movimiento presente del inconsciente es de apertura y no de cierre. Al acercarse la practicante hacia ese lugar de Otro, la relación toma como eje al saber, al deseo y su circulación, para pasar a tratarse de una construcción de un tercer sujeto: el sujeto del inconsciente.

A nivel de dicha transferencia decíamos también, se posibilita el paso desde una posición de queja a una de demanda; demanda que involucrará, la pregunta del sujeto que estructurará su verdad, representándola.

Ejemplifiquémoslo ahora sí, con la serie de inversiones dialécticas presentadas en el caso, las cuales, causalmente, se dieron luego de la instalación de esta transferencia simbólica, en los encuentros posteriores a los mencionados. Veámoslo:

Podría situarse como un primer desarrollo de la verdad, el creer por parte de la practicante, en que esta imposibilidad para separarse de su marido se trataba de una imposibilidad real y no un engaño neurótico, como sí se consideraba sobre los primeros encuentros. Al creer la practicante esta verdad, acto seguido la lleva a cuestionarse entonces, qué es lo que realmente la imposibilita, pregunta que es devuelta hacia la analizante. Frente a dicha pregunta, ésta responde que aquello que la frena es que su marido no haya asumido aún la separación. En consecuencia a ello, teniendo en cuenta instancias anteriores y la materialidad traída en su discurso, se le presenta entonces en forma de inversión, que según su discurso, él parecía ya haberlo asumido.

Así, en función de esto, podríamos situar un segundo momento de desarrollo de la verdad, momento que la sitúa y en que se sitúa entonces como responsable a tomar una decisión, para salir del impasse en el cual se encontraba, reflejándose ya desde entonces, un cambio en su posición subjetiva. Al preguntársele qué sería aquello que realmente la frena en relación a esta separación, y demostrarle una nueva inversión que plantea la existencia de un más allá relacionado a tal freno, se desenlaza entonces, un tercer momento de la verdad: aquello que realmente está en juego para ella, es la imagen como madre en relación a sus hijos, de manera que éstos, definen su posición subjetiva, ocupando el lugar de Gran Otro [A].

Así, este trabajo de rectificación subjetiva, podríamos decir que implica salir a la búsqueda del sujeto del inconsciente, destacando los actos sintomáticos en donde la paciente se encuentra desbordada en relación a su accionar, poniéndolos en palabra. Es, a fin de cuentas “dar una respuesta que consistirá en resituar al paciente de otro modo en relación con su sufrimiento” (Nasio, 2005, p. 20), situación que decíamos, sólo será desplegada una vez que el sujeto entregue su confianza y pueda situar al analista como objeto de transferencia.

Ahora bien, Lacan (1964b) plantea que esta confianza para cualquier psicoanalista, debería involucrar una responsabilidad, la cual se relaciona con que, dentro de su formación, sea exigido a cuestionar en torno a qué gira el movimiento al cual se conduce al paciente; es decir, de estar advertido que tal movimiento de confianza, comprende su lugar, lugar que denomina como un enigma, “x”, como “deseo del analista”. Este lugar, solo puede ser ocupado en la medida en que quien analiza pueda “hacer silencio en sí” (Nasio, 2005, p. 28), introduciendo así al Otro, casi sin buscarlo. Dicho de otra forma: en este sentido, el analista logrará salirse del lugar del cual el analizante lo hace parte con su mensaje, distanciándose de entregarle el objeto que busca su deseo; en cambio propiciando la libre circulación de éste, para que sea devuelto sólo en una segunda instancia.

Para ejemplificarlo mejor, reveamos el momento de la re-dirección de la demanda en la consulta siete. En éste, si prestamos buena atención, podremos distinguir que en realidad lo re-direccionado fue el deseo de la paciente, devuelto como demanda de la analista practicante. Esta idea se ilustra aún mejor en la medida en que podamos hacer uso del recurso topológico propuesto por Lacan (s.f), como lo es la figura de los toros abrazados. Tomando esto, puede señalarse y desarrollarse entonces que así como el deseo de la analizante tiene como objeto la demanda del Otro, -la analista practicante-; se da inversamente que al generarse tal anudamiento, aquello que la analizante demanda es el objeto de deseo del Otro, donde finalmente entra en juego, el deseo de la analista. Entonces, esta

demanda que trae la analizante en torno a lograr su separación, se torna un propio deseo de separación tomado por la practicante, lo cual operó a su vez como resistencia y ansiedad en la relación transferencial y en esa primera incredulidad por lograr salir de dicha situación, tal como fue mencionado previamente.

Ahora bien, decíamos que la entrada en esta posición, sólo podría haberse presentado en la medida en que la practicante fuese situada como objeto de la transferencia, colocándosela en una posición de saber, en referencia a la analizante. Situándolo así, podemos vislumbrar que la posición ocupada por quien analiza debe nuestra especial atención, de manera que será analizada bajo un apartado especial, a continuación.

2.2 - Lugar del analista: deseo del analista.

Comencemos por una pregunta inaugural... ¿Qué implica entonces este lugar del analista?

Lacan recorre una serie de conceptualizaciones para situar su lugar, las cuales van mudando a lo largo de su enseñanza. Para el momento en el que escribe su seminario de la transferencia, el Seminario VIII (Lacan, 2008b), menciona Safouan (2008) que la figura asociada al analista se vinculaba a la de una figura de espejo, de proyección; situación de la que posteriormente se separa, oponiéndole lo siguiente:

El seminario sobre el deseo y su interpretación puso fin a esta concepción. Si el analista, dice Lacan, no responde a la demanda, a diferencia del médico, es para preservar el vacío donde el deseo se determina en el Otro. El análisis no es una situación en la que la transferencia y contratransferencia se corresponden (...) la referencia a la contratransferencia es una coartada respecto de lo que constituye el verdadero eje del análisis, a saber, el deseo del analista. (...) Consiguientemente, cae la concepción de la transferencia como dinámica intersubjetiva; puesto

que se trata de la relación con el analista no en tanto que es otro, sino en tanto que ocupa el lugar del Otro como lugar del lenguaje. (pp. 151- 152)

Como se destaca en dicha cita, la importancia capital se sitúa en su posición, en tanto lugar que ocupa y no en tanto sea un otro. Este lugar, como deseo del analista, será el lugar a ocupar entonces para poder operar y propiciar, en conjunto, al inconsciente. Ahora bien, ello será posible sólo en la medida en que éste ya forme parte de él; como indica Lacan, “el concepto del inconsciente (...) no pude separarlo de la presencia del analista. (...) La propia presencia del analista es una manifestación del inconsciente” (1964a, p. 131). Así, para poder trabajar con el inconsciente, operar con éste e interpretarlo, se debe en algún sentido, pertenecer a él. Pero para poder serlo, el analista debe hacer un salto, que tal como el salto mencionado de quien consulta hacia la demanda, se trata de un salto desde una realidad psíquica imaginaria, hacia una realidad de otro dominio, la cual Nasio (2005) sitúa como realidad psíquica por fuera del yo (p. 161).

Se trata a fin de cuentas, de una ruptura con lo imaginario, con la imagen especular constitutiva del analista, de allí su carácter de incomodidad, resistencia y dolor. Se trata de un cambio que opera entonces también a nivel estructural, e impulsa a que calle en él, su propio yo; una vez más, “hacer silencio en sí” (ibíd., p.163) para poder llegar a “una buena voz que será presta a transformarse en interpretación” (ibíd., p. 165).

Ahora bien, para que ello ocurra, para hacer silencio en sí, menciona el autor que se deberá entonces suprimir, en parte, aspectos constructivos del yo, tan fundamentales como el tiempo, el espacio y los ideales; de manera que por ese instante quien ocupa ese lugar, se encuentra fuera de sí mismo, sin conciencia de duración. Sin embargo aclara –cuestión que consideramos fundamental recalcar–, que éste lugar del analista

No es un lugar ya, allí, a la espera de recibir un ocupante. Este lugar se produce en tanto un analizante dice y en tanto un analista hace silencio en sí para escucharlo (...) es un producto común al analizante y al analista. (Nasio, 2005, p. 167),

tal como lo es el inconsciente y la relación transferencial comprendida; relación de la cual, pasará a ocupar el lugar de objeto (Lacan, 1964b, p. 241). Ahora bien, en referencia a ello, “la experiencia demuestra que el sujeto, al entrar en análisis no le concede, ni mucho menos, este lugar” (ibíd.). Para Nasio (2005), un analista o analista practicante, puede llegar a ocuparlo por dos vías, por vía voluntaria o por vía forzosa: “Algunas veces el analista está forzado, propulsado, literalmente propulsado, forzado pese a él o violentamente conducido, a ocupar este lugar. (...) profundamente sorprendido (...) desarmado” (p. 171).

Bajo esta coyuntura fue que se presentó la situación del caso en cuestión, observaremos cómo, al tomar el análisis de la implicación por parte de la analista practicante, en el siguiente capítulo.

Capítulo 3 | Análisis de la implicación: analista practicante – estudiante de grado.

3.1 - Abriendo paso a la implicación.

Para poder comenzar a desarrollar algunas de las vicisitudes relacionadas con el análisis de la implicación por parte de la analista practicante en relación a dicha experiencia clínica, creemos conveniente detenernos, en un principio, sobre la noción de implicación.

Ésta proviene de teorizaciones desplegadas por el socioanálisis, de donde se toma al sujeto como producto institucional el cual reproducirá las instituciones de las que forma parte, al mismo tiempo que actualizará a éstas, las cuales reproducirán al sujeto actualizado dentro de la institución. Bajo este entendido entonces, se trata de una transformación mutua, con relación de reciprocidad.

Ahora bien, llevadas estas ideas a nuestro campo, podríamos volver a destacar esta mutua transformación de ambas partes de la relación analítica –practicante y analizante–, para pensarla en función de las instituciones que las atraviesan; las cuales, siguiendo dicha línea de pensamiento, también habrán sido actualizadas tanto como causa como consecuencia de ello. Así, al buscar adentrarnos en el análisis de la implicación de mi persona como analista practicante, no podremos dejar de subrayar distintos atravesamientos institucionales que tomaron lugar en el desarrollo de la experiencia de práctica clínica. No podremos, reiteremos, dado que aunque quisiésemos escapar de ello, tampoco lo lograríamos, dado que tal como expresa Ardoino (1997), estamos adheridos a la implicación, nos contiene, y por tanto, se padece (p. 7).

A su vez, nuestra profesión implica entre otras cosas, cuestionar y poner en pregunta nuestro accionar, indicación con la cual inaugura Lacan (1981) las primeras páginas de su Seminario I: “si no vienen aquí a fin de cuestionar toda su actividad, no veo por qué están ustedes aquí” (p. 20).

Hagámonos entonces, responsables de sus palabras. Nada menos que otro trazo de implicación.

3.2 - La pérdida inaugural

Finalizábamos el capítulo anterior, abriendo paso a lo acontecido en el punto que situamos como punto de inflexión, el cual mencionamos dio paso forzosamente a ocupar el lugar de analista, por la analista practicante; lo que no señalamos entonces, fue el por qué declaramos a este movimiento uno forzoso y abrupto. Vayamos un momento atrás para poder justificarlo:

Tal como mencionado, los encuentros previos a la consulta en la cual destacamos ese punto de inflexión y mudanza del proceso analítico, se regían por ser tensionados, esporádicos en el tiempo, de carácter resistencial y hasta con cierta violencia implícita; bajo los cuales se generaban del lado de la practicante, interrogantes acerca de la estructuración del discurso, de su veracidad y de su finalidad. De esta manera, podría decirse que se intentaba ‘descifrar’ una supuesta verdad de la consultante, regido a fin de cuentas por un deseo de saber con qué se contaba delante, es decir, quién es ese otro frente a mí.

Analizando dicha situación, podemos notar que esto tampoco trata de otra cosa diferente a la resistencia, dado que, en definitiva, si no sé quién tengo delante... ¿quién/ qué soy yo? No se trata de otra cosa diferente al temor de desfragmentación... si mi semejante no me reconoce por lo que soy – en ese momento, analista practicante– ¿dónde me sitúa eso a mí?

Esta posición de deriva, se vio potenciada a su vez dado que en el momento en que parecería generarse poco a poco este cambio de relación transferencial, curiosamente por motivos institucionales, acontece un período en el cual no pudimos contar con varias instancias de supervisión, de forma que me encontraba, o me sentía de alguna manera, en solitario respecto a la situación. Esto dificultó a que por cuenta propia pudiese visualizar ciertas resistencias, lo cual me llevó hasta un punto de incomprensión que dio impulso a una posición cercana a estar a la merced del

encuentro, a ‘tirar la toalla’ frente a esa actitud de desciframiento e interrogatorio. Así, ocurrió que sin buscarlo, sin ser plenamente consciente de ello, se adoptó una posición que podría vincularse con la posición que Gloria Leff denomina como “posición de perder” (2011, p. 120). Ya no se trataba de una posición en la cual debía descifrar a la consultante, o anticipar su verdad; se relacionaba por el contrario, con una posición de pérdida en relación a ésta, donde ya no se buscaba cierta ‘ventaja’ o se le ofrecía algo –un objeto– en particular. Pérdida que también mencionamos antes, se vincula a una pérdida de las categorías componentes de nuestro propio yo –tal como expresa Nasio (2005) –, de ahí su carácter doloroso y angustiante.

Ahora bien, podría pensarse siguiendo esta lectura, que aquello que prosiguió en mi accionar podría llegar a haberse relacionado por ejemplo, con una pérdida tal, que un siguiente encuentro me hubiese situado en una posición como podría ser, hasta cierto punto, la de tomar un café con la consultante, o tal vez ya ni consultante, por fuera de todo encuadre analítico. Pues bien, afortunadamente esto no fue así. Esta pérdida mencionada, se vinculó estrechamente con notar, estar advertida de las trampas del ego, evitando así con mi discurso el buscar un fin particular, o dirigirme hacia la cura. Lugar del muerto, como indicábamos más temprano.

Por una parte digo, con tono de urgencia, que es necesario dirigir la cura. Bien. Y por otra parte digo que es necesario no caer en el dominio. (...) Ser el más aplicado de los técnicos, el mejor conocedor de los preceptos de la técnica, para tener sobre todo la libertad de ser el más inconsciente de los sujetos, el más inocente, el más desarmado, el más expuesto a los efectos del inconsciente. Pues es allí, en una sorpresa puntual, en un trastorno, en un aturdimiento, donde tenemos una posibilidad de hacer la experiencia del análisis –nosotros como analistas– y conducir al analizante a hacer esa experiencia. (Nasio, 2005, p.16)

Fue así como bajo este aturdimiento, frente a la incompreensión, que luego de un gran trabajo de análisis de la implicación –ya en instancias de supervisión, de análisis personal, como desde una distancia actual con la experiencia–, se pudieron vislumbrar algunos de esos puntos que parecían ocultos a mi acción. Lo curioso está también, en que este aspecto refleja algo de lo mencionado al desarrollar el componente de suficiencia de la demanda analítica; es decir, en el orden del análisis de la implicación, no se trata ni es posible situarse desde un lugar de autorreflexión, ésta ayudará, pero no será suficiente para que tales esclarecimientos puedan darse. De hecho, Ardoino (1997) sitúa a la implicación bajo el orden de lo opaco, de manera que “mi propia reflexión, mi autorreflexión no es suficiente para nada, porque frecuentemente aquello por lo que estoy asido a un objeto es mucho de naturaleza inconsciente” (p. 10). Trabajo sobre el inconsciente, tal como el trabajo analítico.

Continuemos la cita:

El director de tesis no está implicado de la misma forma; es él quien va a ser muy útil para remitir las necesidades de las implicaciones que percibirá. Pero comprendamos bien que él no percibe porque está más arriba o porque es más competente o superior. El percibe porque no está implicado de la misma forma. (ibíd.)

Vemos nuevamente que al igual que en la experiencia analítica, no se tratará simplemente del hecho de que el analista ocupe un lugar de mayor conocimiento respecto a la técnica psicoanalítica en comparación al consultante, sino que se trata de una cuestión de lugar. Lugar que, en este caso, lo sitúa por fuera de la implicación; pero este por fuera se rige bajo las leyes de lo éxtimo, un por fuera en tanto que implica también un adentro. Es decir, no se trata de un otro que –tal como podía pensarse anteriormente la objetividad científica– se encuentra por fuera y posee un ojo crítico objetivo que lo separa de aquello a lo que hace referencia, sino que éste, tanto como el docente supervisor de práctica, el docente tutor, compañeros de práctica, así como mi propia persona bajo un

segundo momento de construcción de trabajo final de grado, son tanto parte de la experiencia como mi persona en aquel entonces. Se trata de referentes y de instituciones que obran componiendo toda la experiencia; y que, como mencionábamos, serán reproducidas y actualizadas en el sujeto, así como éste las actualizará a ellas.

Tomemos un ejemplo neto y veamos qué consecuencias generó en la práctica clínica: en un principio y durante los primeros meses de práctica, me encontraba aún situada desde una posición puramente de estudiante de grado, lo cual se reflejaba en hechos notorios, como el llamarle salón – como salón de clase– al consultorio, así como posiblemente se reflejaba en otros aspectos de mayor sutileza y engaño. Por otro lado, al realizar los registros correspondientes a cada encuentro, seguía presente en mí una idea de exactitud, vinculada tanto a buscar generar un mayor entendimiento por parte de mis compañeros, así como asociado a la productividad, a la excelencia, es decir, a su fin más puramente académico, alejándose de su peso analítico. En bruto: acudía a otro salón de clases, para luego dar cuenta en el primero de lo acontecido.

Para acompañar este último ejemplo se torna pertinente hacer mención a lo expuesto por Sigmund Freud en “Consejos al médico” [1980-1991b] en donde enuncia respecto de la toma de notas y los historiales clínicos exhaustivos, que éstos rinden en disminución a lo que se esperaría de ellos (p. 113). Así, podría considerarse que las repercusiones de esto se vincularon por ejemplo, en buscar detalles en el discurso de la paciente, un más allá, como mencionado, que sesgaba mi escucha y la fijaba según mis propios intereses; contrariamente a la posición que desenlazaría y propiciaría luego el desestancamiento de la dialéctica analítica.

Ahora bien, tal como menciona Lacan en “Intervención a la transferencia” (2018b), estos elementos transferenciales y la transferencia misma, “tiene siempre el mismo sentido de indicar los momentos de errancia y también de orientación del analista, el mismo valor para volvernos a llamar

al orden de nuestro papel” (p. 220); por lo que, más allá de señalar ciertos aspectos que pudieron haberme distanciado en un comienzo respecto de la posición a adoptar como analista practicante para construir, junto a la consultante una demanda analítica, también es cierto que, gracias a ellos, se vislumbraron y generaron varias situaciones de acierto, posibilitándola y generando otros efectos de interesante mención. Profundicemos entonces acerca de éstos.

3.3 - El acierto posterior

Mencionábamos entonces, que en esta experiencia clínica pudo darse un salto desde una consulta inicial, hacia una demanda analítica. Así, sostenemos que se presentaron diversas modificaciones desde una posición de queja inicial, hacia la relectura de actitudes sintomáticas, produciéndose la habilitación de la consultante hacia la pregunta que la convoca, lo cual la tornó partícipe frente a su propio malestar. Mencionamos además, a lo largo del desarrollo del presente trabajo, diversas situaciones que lograron impulsar dicha acción enfocándonos en la relación transferencial generada entre practicante-analizante, más no tanto así, desde la mirada de ésta primera, en relación a su propio lugar. Emprendamos entonces dicha misión, destacando alguna de las acciones posibilitadoras presentes...

Si bien hemos hecho mención frente al lugar por momentos adoptado por la practicante – relacionado con un lugar bajo el artificio imaginario–, desde un comienzo y a lo largo de todo el proceso, se podría destacar el hecho de que ésta, se haya comportado fielmente y ocupado su rol teniendo en cuenta la regla de la abstinencia freudiana. En palabras de su expositor:

La cura tiene que ser realizada en abstinencia; (...) con ello no me refiero a (...) la privación de todo cuanto se apetece, pues quizá ningún enfermo lo toleraría. Lo que yo quiero es postular este principio: hay que dejar subsistir en el enfermo necesidad y añoranza como unas fuerzas

pulsiones del trabajo y la alteración, y guardarse de apaciguarlas mediante subrogados. (Freud, 1980-1991c, p. 168)

Así, ocurrió que desde su posición, la analista practicante no negó por entero las diversas demandas de amor realizada por la consultante, permitiendo, en parte, la subsistencia de tal necesidad y su repetición. Es decir, por ejemplo, a diferencia de los distintos médicos a los cuales acudió la consultante previo a acudir al espacio, la practicante habilitó el lugar de queja, lo contuvo, y no respondió a ello como sí parecerían haberlo hecho éstos primeros. En otros términos, si bien hacíamos mención a la primeriza desacreditación de la palabra de la consultante respecto a su problemática, desde su posición como analista, la practicante no la desacreditó, ni le entregó, tampoco, subrogados.

Podría pensarse esta actitud adoptada, en relación a la propuesta que realiza también Freud en “Consejos al médico” [1980-1991b], de donde destaca que éste no debe ser transparente al analizado, mostrándole solamente aquello que le es mostrado (p. 117). Es decir, no se le comunicó en ningún sentido a la consultante las diversas pequeñas hipótesis generadas a lo largo de los encuentros, o de las creencias o descreencias respecto a su persona, distanciándose la experiencia de un análisis de las resistencias en dónde éstas son, efectivamente, comunicadas. Se adoptó entonces, otra posición, la cual destacamos en un principio como función de intervalo; intervalo que perduró hasta la posibilidad de la lectura sintomática por parte de la practicante, y del salto del muro del lenguaje, del cambio de registro presentado.

Desde allí, ya situada personalmente de otro modo, así como situada de otro modo por parte de la analizante misma, se podría destacar un aspecto anclado a la precisión mencionada por Nasio (2005) respecto de la cercanía inconsciente del sujeto, del analista. Así, luego de esta mudanza en la relación y posicionamiento, otra de las situaciones que posibilitaron el acercamiento de la consultante hacia

un cambio de posición subjetiva, se relaciona con las intervenciones de la practicante, las cuales respondieron a un no-saber respecto a lo que se dice. Es decir, teniendo en cuenta la noción de inconsciente lacaniano, las interpretaciones se distancian –en este segundo momento–, de enunciados con intención calculada, de manera que surgen desde la ignorancia, situación que mencionábamos líneas arriba:

La interpretación de la cual hablo no tiene “yo”, es impersonal. Estos enunciados no están precedidos por ninguna intención calculada por parte del analista de provocar una reacción particular en el paciente. Al contrario, son palabras dichas a partir de la ignorancia del analista. (...) En tanto el analista interpreta, no sabe lo que dice (...) a condición de que sepa lo que hace (Nasio, 2005, p. 185),

anclándose, esto último, al tener presente aquello que “domina en ese momento en el lazo analítico” (ibíd., p. 195).

Respecto a la interpretación analítica, Rabinovich (citado en Rodríguez, 2015) agrega que “la interpretación en psicoanálisis debe tener el mismo efecto que un chiste, en el cual se produce un encuentro con lo Real del lenguaje a través del “sin sentido” del mismo” (p.28). Es decir, esta jugará y surgirá como acontecimiento, operando mediante la intromisión, realizando un corte en la cadena significante, para generar un efecto de sorpresa en el sujeto que impulsará a modificar el sentido de dicha cadena. Así, tal intromisión generará en el sujeto un cambio del orden de la revelación, aportándole lo que denomina el autor como “certeza subjetiva” (ibíd., p. 30).

Dicho de otro modo, las intervenciones en el terreno psicoanalítico, se vinculan con la resignificación de la palabra, la cual, “en tanto que significante (...) cambia la consistencia de la estructura” (Nasio, 2005, p. 195). Tomemos, a modo de ejemplo, algunos de los fragmentos del caso para ilustrarlo mejor:

- *Al final tu hija se separó antes que vos –chiste–*
- *(ríe) Sí... tal cual...*
- *Y entonces justo ahora que le querías plantear lo de tu separación, ella está en ese momento...*
- *Sí... pero bueno... si pienso en eso siempre voy a tener excusas y nunca va a llegar el momento, y tá, no puede ser así, sobre todo ahora que él ya lo asume...*

En dicho fragmento se puede presenciar, por un lado, la utilidad del recurso del chiste y de lo inesperado, para hacer surgir en el otro la certeza, su verdad. Es decir, en esta ocasión, se le presentó a la analizante una palabra en cierta medida inesperada, dado que era ‘esperable’ por la relación transferencial, que la palabra de la practicante contribuyera a poder situarla en una posición en la que pudiera mencionar dicha separación a sus hijos –situación que tanto la frenaba–, y no así, su opuesto. Este recurso del lenguaje y su efecto posterior, podemos relacionarlo con el aporte que hace Lacan en relación a la comunicación en “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” (2018d), en donde plantea que “el emisor recibe del receptor su propio mensaje bajo una forma invertida (...), la palabra incluye siempre subjetivamente su respuesta” (p.287).

Por otro lado, otro aspecto interesante a destacar de este fragmento –sobre todo por el apartado en el cual está siendo presentando–, se relaciona con lo mencionado anteriormente acerca del lugar del analista: lugar en el que se encuentra advertido del lazo transferencial presentado. Es decir, ninguna de estas intervenciones posiblemente se hubiese generado, ni hubiesen tenido tal efecto, caso de haberse realizado varios encuentros antes, en donde la transferencia simbólica no estuviera aún instalada. Este fragmento remite recién a la consulta número 12, lo cual se alinea a su vez, a la teorización propuesta por Nasio (2005) en relación a la interpretación: “la interpretación (...) es una puesta en acto de la transferencia (...). Es la expresión más pura, más directa, la más inmediata, la más desnuda, del hecho de que, efectivamente, hay un lazo transferencial” (p. 204).

Por último, una evidencia final que destacaremos para cerrar el capítulo, concerniente al viraje de la posición de la analista practicante y su inclinación hacia “el buen lugar” –como es referido por Ana María Gómez en el prólogo del libro de Juan David Nasio– (ibíd., p. 10), se relaciona, esencialmente, con ese propio movimiento.

Mencionábamos, unos apartados atrás, ciertos aspectos que habían posibilitado el cambio de una posición interrogativa, posición en busca de la develación de cierta estructura discursiva, hacia el paso de una posición habilitadora de la palabra, la cual se relaciona con la adopción de una actitud de lectura como analista practicante. Lectura del síntoma, lectura de la letra. “Un analista, propiamente hablando, no escucha; un analista lee” (Eidelsztein, s.f, p. 16). No entraremos en detalle acerca de ello –dado que tomaría al menos toda una nueva sección para elaborar su fundamentación–, pero sí mencionaremos aquí la distinción entre la escucha del significante, y la mencionada lectura de la letra, por situarla como la distinción a la cual atuvo la práctica en cuestión y su viraje ya mencionado; escucha que cesó, habilitando la lectura. Esta lectura posibilitó, como decíamos también, las diversas interpretaciones generadas, que como tal, no podremos medir su eficacia sino en función de su efecto, *après coup*. Y he aquí otro punto interesante como acierto a destacar, puesto que, desde la posición de analista practicante, ésta logró tolerar –a fin efectivo para el análisis–, la incomodidad e incertidumbre con la que tal posición, y su retroactividad, cargan.

Considero que tomar por intuitivo el poder sostener la queja y el dolor de un otro, sin visualizar de forma inmediata un cambio, mejorías o avances –la pregunta sería, de todas formas, respecto a qué–, podría hacerlo simplemente quien nunca haya estado en los zapatos de un novel o futuro analista. Es decir, el lugar del analista no es una posición sencilla a ocupar, puesto que, en palabras de Lacan (2018a), es una posición en la que éste tiene que pagar, tanto con su palabra, pero también con su persona: “con lo que hay de esencial en su juicio más íntimo” (p. 567). Así, nos encontramos en un

comienzo –y esperemos no más allá–, frente a la amenaza de salirnos de esta posición analítica, respondiendo desde una actitud más bien cotidiana, relacionada entonces íntimamente con el bienestar del otro, así como a fin de cuentas, del nuestro. Esto no es otra cosa que obrar o situarse desde una posición en la que se tenga como fin primordial, la cura; situación de la cual menciona Lacan (2018c), saldríamos al admitirla como beneficio por añadidura (p. 312).

A fin de cuentas, “la apuesta de la técnica analítica se decide en la posición que el analista ocupa, en el estado en el cual se encuentra cuando actúa” (Nasio, 2005, p. 197).

Consideraciones finales:

A través de este trabajo se buscó indagar y reflexionar acerca de diversas nociones psicoanalíticas ancladas a su operatividad clínica, con miras de un porvenir profesional de quien lo escribe, así como con la finalidad de poder aportar conocimiento y experiencia a quienes puedan ocupar tal posición a futuro, y a todo aquel que lo considere. Así, las interrogantes principales sobre las que se pretendió trabajar se relacionaron, por sobre todo, a preguntas ancladas al comienzo de un tratamiento psicoanalítico, desde una mirada novel de una posición como analista practicante. A grandes rasgos, podríamos destacar tales incógnitas, como las siguientes: ¿qué vuelve necesaria la situación de consulta?; ¿qué lugar toma la figura del analista en ello?; ¿bajo qué condiciones y qué características involucra el poder construir una demanda analítica?; ¿cuáles son los fenómenos principales que la obstaculizan o despliegan?; ¿cómo se reflejan éstos en el caso clínico trabajado?; y fundamentalmente, ¿qué implica, finalmente, ocupar el lugar del analista?

Para su examen se comenzó introduciendo el caso en cuestión, eje primordial de su estructura y sobre el cual se basó la indagación. Su uso fue principalmente considerado puesto que una de las conceptualizaciones centrales con interés a trabajar, se anclaba al estudio de la transferencia, la cual sabemos –tomando las palabras de Lacan– es un “concepto [que] está determinado por la función que tiene en una praxis (...), rige la manera de tratar a los pacientes (...) [y] a la inversa, la manera de tratarlos rige al concepto” (Lacan, 1964a, p. 130); por lo cual su estudio no podía verse dissociado. Respecto a esta noción, se expuso fundamentalmente dos de sus manifestaciones –imaginaria y simbólica– en su carácter dialéctico; es decir, desde las expresiones por parte de la analizante como desde la analista practicante involucrada.

Así, se vislumbró en el plano imaginario su propiedad de ‘falso enlace’, como condición previa a la entrada de la demanda analítica, en donde el sujeto se estructura, demanda, y sienta las bases del

tratamiento, dando paso en un segundo tiempo, a una demanda diferente, de curación. Ésta, se relacionará con una demanda de significación, alineada a la lectura significativa del síntoma; la cual, sólo será posible bajo el dominio del registro simbólico, donde el analizante pronuncie la palabra verdadera, y el analista ocupe su lugar como deseo del analista.

Esta situación, sin embargo, identificamos cómo sólo ocurre en circunstancias particulares, donde la posición del analista y su quehacer, son esenciales. Allí, vislumbramos todo un camino recorrido como practicante que constó en pasar de un movimiento de estudiante de grado, a poder verdaderamente situarse en ese lugar enigmático y doloroso, como el del analista. Muchas de las situaciones que lo posibilitaron y otras tantas que sirvieron a modo de resistencia, fueron expuestas líneas arriba, quedando ciertamente, muchas otras por visibilizar; pero una puntualización creemos consiguen, entre éstas, especial atención –o las resume–, la cual se relaciona con el accionar: aquella anclada a la noción de inconsciente y sujeto que se maneje.

Es decir, a modo de conclusión, se considera que lo interesante aquí, no se trata en realizar una puesta a punto de los aspectos ya trabajados, sino que involucra, una nueva puesta en perspectiva en referencia a estos dos grandes momentos y desarrollos de la experiencia. Así, reflexionando acerca de las diversas acciones que posibilitaron, y aquellas que dificultaron el trabajo analítico, podría destacarse que en esa diferencia se destacan dos lógicas contrastadas, las cuales impactaron –entre tantas otras salvedades–, a nivel técnico. Esto lo podemos visualizar, entre tantas acciones –a modo de ejemplo–, tanto por mi propia búsqueda de la ‘buena interpretación’, como respecto de encontrar un ‘más allá’ teniendo presente una lógica acerca del inconsciente como inconsciente de las profundidades, y no en línea con la propuesta lacaniana de éste, con su “estructura radical de lenguaje” (Lacan, 2018a, p.574).

Esto impulsó, decíamos, a que a nivel técnico, en el accionar –sumado a la inexperiencia–, la escucha se direcciona hacia otro fin, generándose cortes que más que revelar la estructura, la ocultaban; de allí también la búsqueda resistencial por la comprensión respecto a saber de qué se trataba lo expuesto por la paciente, y su persona.

Tomaremos entonces, esta mención como pie, no para cerrar ni dejar resuelta nuestra tarea investigativa respecto de los fenómenos presentados en la clínica, tanto en esta experiencia como en tantas otras, sino para abrirla e impulsarla; resaltando como parte de nuestra tarea, el ejercitar nuestro pensamiento, como acción en constante movimiento de hacer y deshacer, o de apertura y cierre, como el adjudicado al inconsciente.

“A menudo vale más no comprender para pensar, y se pueden galopar leguas y leguas de comprensión sin que resulte de ello el menor pensamiento” (ibíd., p. 595)

Referencias bibliográficas:

Ardoino, J. (1997) *La implicación*. Conferencia en el Centro de Estudios sobre la Universidad. UNAM. México.

Dunker, C. (2011). *Estrutura e constituição da clínica psicanalítica* [Estructura y constitución de la clínica psicoanalítica]. São Paulo, Brasil: ANNABLUME Editora.

Eidelsztein, A. (s.f) *El grafo del deseo*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Manantial SRL.

Freud, S. [1980-1991a]. Sobre la dinámica de la transferencia. En S. Freud (Ed) *Obras completas, Tomo 12: Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras* (pp. 95-105). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Ediciones.

Freud, S. (1992). *Obras completas, Tomo 2: Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Ediciones.

Freud, S. [1980-1991b]. Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En S. Freud (Ed) *Obras completas, Tomo 12: Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras* (pp. 109- 119). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Ediciones.

Freud, S. [1980-1991c]. Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis: III. Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En S. Freud (Ed) *Obras completas, Tomo 12: Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras* (pp. 109- 119). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Ediciones.

Lacan, J. (2018a). La dirección de la cura y los principios de su poder. En J. Lacan (Ed) *Escritos II* (pp. 565- 626). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

Lacan, J. (2018b). Intervención sobre la transferencia. En J. Lacan (Ed) *Escritos I* (pp. 209- 220). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

Lacan, J. (2018c). Variantes sobre la cura-tipo. En J. Lacan (Ed) *Escritos I* (pp. 311- 346). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

- Lacan, J. (1964a). Presencia del analista. En J. Lacan (Ed) *Seminario 11: los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (pp. 129-141). Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós SAICF.
- Lacan, J. (2008a). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 2: El yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós SAICF.
- Lacan, J. (1981). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós SAICF.
- Lacan, J. (1964b). Del sujeto al que se supone saber, de la primera diada, y del bien. En J. Lacan (Ed) *Seminario 11: los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (pp. 238- 251). Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós SAICF.
- Lacan, J. (s.f). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 9: La identificación*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós SAICF.
- Lacan, J. (2008b). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 8: La transferencia*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós SAICF.
- Lacan, J. (2018d). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En J. Lacan (Ed) *Escritos I* (pp. 231- 309). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Leff, G. (2011). Desplazarse por la contratransferencia. En G. Leff (Ed) *Juntos en la chimenea* (pp. 117-143). Distrito Federal de México, México: Editorial Psicoanalítica de la Letra.
- Nasio, D. (2005) *Cómo trabaja un psicoanalista*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós SAICF.
- Rodríguez, D. (2015). *La interpretación en psicoanálisis: un recorrido de Freud a Lacan* (Tesis de grado). Facultad de Psicología de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.
- Safouan, M. (2008) La transferencia (1960- 1961). En M. Safouan (Ed.) *Lacanianana. Los seminarios de Jacques Lacan 1953- 1963* (pp. 151- 176). Buenos Aires, Argentina: Paidós.